

Teté Blanco

*Editor en solfa.  
Violación de pasos en  
el proceso editorial*

E

n los últimos tiempos se habla con insistencia, y con razón, de la cantidad de erratas que aparecen en los libros. Y también se considera que las erratas tienen que ver directamente con la edición del libro. Vayamos por partes y, de paso, buscando los orígenes de estas afirmaciones. Para ser objetivos habrá que analizar por qué se ha llegado hasta aquí con esos estigmas.

Como una cuestión de principio, un libro no debe tener erratas. Pero un libro es una obra humana, y las erratas deberían considerarse como el octavo pecado capital para aquellos cuyo quehacer es el libro.

En efecto, es difícil hacer memoria, pero vamos a intentarlo. Habrá que reconstruir una historia menor, subalterna, anónima, callada, presente ausente en todas nuestras más grandes batallas como lo ha sido la campaña de la alfabetización y ahora lo es la batalla de ideas.

Un original después de aprobado —lo que indica al menos dos lecturas previas: una del jefe de la redacción y otra de un especialista de la misma—, tiene un cronograma de trabajo donde se contempla el tiempo para tres momentos decisivos del libro en la fase redaccional: lectura inicial, redacción de estilo, y lectura final. Los tiempos destinados a cada una de estas fases están previstos por una norma que determina la cantidad de cuartillas que deben ser trabajadas en ocho horas laborables de acuerdo con la complejidad del original. En otras palabras, el trabajo está normado. No cabe aquí analizar si las normas son altas o bajas, mejores o peores. De lo que se trata es de subrayar

que este proceso es sagrado o, en términos jurídicos, inviolable. Y muchos recordarán las largas faenas nocturnas, las memorables noches toledanas que en muchos casos se hicieron para libros que debían estar en la calle en una fecha determinada, por motivos diferentes. Lo que no dejaba de hacerse nunca era «saltarse» los pasos por muy importante que fuera el evento al que estaba destinado el título. El respeto a esos pasos garantizaba la calidad del libro, por encima de la velocidad que se le imprimiera a otras partes del proceso total. Si había que estar en la imprenta empalmando, poniendo sobrecubiertas, pegando cromitos en algunos de los libros más hermosos que se hicieron en Ciencias Sociales, eso se podía «apurar», pero el trabajo del editor en el original no se violentaba nunca.

Cuando a la poligrafía apenas le quedaba un linotipo decente, con familias incompletas, y los talleres se demoraban hasta tres meses en hacer la portadilla y la portada que se componían en plomo, llegaron las primeras Composers al país. Eran unas nuevas máquinas de escribir con alguna memoria, unos ocho mil caracteres, y unos tipos cambiables en aquella bola giratoria o «piña». Surgieron entonces las ediciones del Centro de Desarrollo, Experimentación y Control Poligráfico. Formatos pequeños, concebidos para un poemario, un librito de cuentos, nunca una *novela río*, ni una obra de teatro o un ensayo (no un artículo largo, sino un estudio de reflexión). Estoy hablando de fines de los 80. Cuando esas máquinas llegaron a las editoriales, aquello fue una fiesta.

Pero más jolgorio hubo cuando llegó la primera computadora. El arte final se haría en la editorial. Y entonces —entran unos acordes de Wagner, el Malo ríe agazapado en las sombras del Fausto de Murnau—, el original que iba para el taller pasaría ahora al departamento de Técnico-Productivo. Y aquí es cuando se hubiera podido aprovechar la experiencia adquirida por los realizadores del departamento de Diseño, técnicos que tenían una sensibilidad hecha al libro, y hubieran podido actualizarse si se les hubiese concedido un espacio junto a los nuevos técnicos en computación que desconocían los principios editoriales y a los cuales sí se les enseñó ese abecé, lo que me hace recordar una secuencia del filme *Sahara* de 1943: Humprey Bogart espera, en una trinchera improvisada en el desierto, junto a un soldado inglés, el inminente ataque de los nazis. El in-

glés empieza a recitar a Yeats o a Byron, no recuerdo, y el duro de Bogy le pregunta al *briton*: «¿Usted es poeta?», el otro responde: «No, soy tipógrafo.» Habrían ganado ambos grupos humanos y se habría enriquecido el dominio de las Artes Gráficas. La experiencia de los antiguos realizadores, unida a la nueva tecnología de los técnicos medios en computación, haría crecer, en planos no sólo técnicos sino humanos, a las nuevas generaciones para garantizar la continuidad de la larga tradición del libro en Cuba.

¿Y qué pasó con los editores? Hubo una falta de visión al dejar la computación, brazo derecho de nuestro trabajo, en las manos del departamento de Técnico-Productivo. No ocurrió así en editoriales fuera del sistema del Instituto Cubano del Libro. Los recursos eran pocos y se ponían allí donde fueran más necesarios. Es decir, la fase redaccional aparentemente quedaba tal cual. Comienza a crearse la turbulencia en lo que ahora es parte de la poligrafía dentro de la editorial. De repente, aquel original que se entregaba en la Subdirección con hoja de conteo de Derecho de Autor, nota de contracubierta, carta tecnológica, *dummy* y una carátula donde se detallaba desde el número de orden hasta las cuartillas físicas, desapareció ante el reacomodo del Departamento de Diseño y el de Técnico-Productivo. Este es el lecho, la madre, de la reflexión siguiente: nadie reparó ante el nuevo medio de producción que se operaba en el interior de las editoriales y era por lo que los editores habían luchado: salir de la férula de la poligrafía tan poco comprensiva, a veces, al devolver originales completos porque una cuartilla tenía un arreglo de más.

Pero aquellos editores siguieron trabajando. Es verdad que no podían poner un dedo encima de la máquina porque eso le quitaba horas de trabajo al operador de composición en frío, que no es exactamente así como aparece en el calificador de cargos. Empezaron a perderse las notas de contracubierta porque en este ciclón se traspapeló hasta el papel del editor. No fue un proceso consciente, sino eso que cuando no se analizan las causas exactas se suele justificar con un *no es fácil las coyunturas, la vida, el es así* (frase fatal, inmovilizadora, peor que un spray de gas paralizante). La realidad es que en aras de la rapidez, de la alegría ¿por qué no? de saber que se tenía *picí* (aunque fuera una vieja 386) no nos dimos cuenta de que ya sólo se hacía un

paso de los tres que conforman los procesos intermedios (lectura de galeras, planas, corrección de correcciones). A causa de la rapidez, a veces, muchas veces, el editor (hay de todo) dice que mejor lee él directamente esos procesos sin pasar por los correctores. Esto es grave porque, sin querer, todo ha sido el resultado de la embriaguez tecnológica. Por esta razón, el corrector se ha visto afectado y es porque el sistema editorial se ha removido en sus cimientos.

Estando el editor preparado desde el punto de vista cultural para enfrentar las nuevas tecnologías —no olvidar que un editor debe, obligatoriamente, ser Licenciado, aunque pudiera haber alguna dispensa—, y quizá confiando en su preparación, inmerso en la vorágine de los procesos —un editor en muchas ocasiones lleva hasta tres libros o cuatro, igual que antes, pero distinto—, en la práctica ha dejado de leer y de revisar lo establecido. Y esa es la verdad: se leen menos procesos intermedios. Se ve el libro fragmentariamente. La portadilla y la portada la hace el diseñador, el editor las ve aparte. Por lo regular, empieza a leer desde la página cinco. La página legal se lee al final del arte final. Porque se espera hasta el último momento para asignar el ISBN, que antes no existía. El índice lo ve cuando termina de revisar las planas, de modo que simultanea los procesos o las partes componentes del libro. Es muy difícil que ahora un editor vea el libro en su totalidad desde los primeros procesos. La nota de contracubierta sufre intensos cambios desde que la redacta hasta que pasa por la instancia del jefe de redacción, que la aprueba, y sigue hacia otros niveles de aprobación. En vez del tan desalmado *vale todo* habría que decir se *viola todo*, en busca de una fulminante terminación, sin querer ocasionar mal a nadie y, mucho menos, al resultado del trabajo. Quien crea que el editor no sufre, no se avergüenza cuando después de pasar tantos sofocones, incluidos los momentos con el autor —ese es un tema delicadísimo para ambas partes y entra en el plano de la intimidad más absoluta, mucho más allá de la ética profesional, que también ha sido violada en esta corrida bárbara—, no conoce la raza de los editores.

El hecho cierto es que la mecánica, la organización interna del flujo editorial, como quiera llamársele hoy, ha sido trastornada y autores, editores y lectores han salido perdiendo. Si bien los autores serían los que menos podrían lamentarse, porque un buen libro se afecta por las erratas, pero si la idea que lo susten-

ta es buena, perdurará y quedará en la literatura cubana, la latinoamericana, la universal. Y esto no es a modo de excusa, es porque un buen libro sobrevive a las erratas humanas. Lo que no sobrevive es la mala literatura.

¿Cuál es el saldo hasta aquí? Aquello que tienda a mejorar, es bueno. La nueva tecnología con sus especificidades, una vez que se domina, ayuda a ir más adelante. La esfera del libro se ha ampliado, ha llegado a las provincias, a los municipios. Detrás de las reproductoras Rizo hay jóvenes que nunca antes realizaron labores editoriales. Pero se hacen libros. No puede pretenderse que todos salgan con la calidad requerida, aunque el bordinio no está justificado, tampoco antes se había alcanzado la perfección absoluta en todas las ediciones. No se está tan bien como se desea ni tan mal como a veces se teme. Lo que hay es que trabajar más en los aspectos teóricos y prácticos del cuidado de la edición, no en términos estrechos de normas rígidas. Lo que se necesita es ser más humildes y no creer que alguien posea el conocimiento absoluto. Y también se necesita ser más cultos. Es cierto, se requiere manejar idiomas, escuchar buena música, ver buena pintura, leer, leer, leer los milenios que nos antecedan, tomar ese acervo sin prejuicios. En otras palabras, se necesita una buena formación y muchos deseos de trabajar.

Si se están violando pasos, es nuestro deber llamarnos a capítulo, hacer un alto en el camino en nuestra propia labor. A veces, compulsados por la inmediatez, ni se entregan originales, sino libros para digitalizar, un capítulo de este título, con observaciones y añadidos, otro capítulo de otro libro. Esta distorsión ha resultado un arma perversa para autores y editores. Hay que detener esta carrera vandálica porque se daña lo que más se respeta y quiere, nuestra propia cultura y la cultura del libro. Se podrían añadir más hechos. Sirvan estos para repensar lo que se hará en adelante.

Después de estas dolorosas reflexiones cabría preguntarse: ¿Hay editores en Cuba? ¿Quiénes son esas damas y caballeros? ¿Filólogos, especialistas, técnicos egresados de nivel superior, o de nivel medio, funcionarios acaso? Quienes sean tienen, ante todo, la obligación de ser cultos y respetuosos con una esfera que está en el centro del mejoramiento humano.

Pero sí, hay editores ●